

DR. JOSE L. GOMEZ-MARTINEZ

LA "MORADA VITAL" Y LO HISTORIALBLE
EN LA OBRA DE AMERICO CASTRO

DP63
.7
C3
G6

Sobretiro de HUMANITAS, Número 17.

Universidad de Nuevo León, 1976.

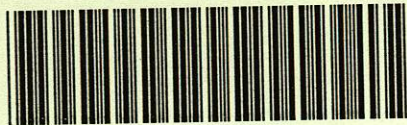
DP 63

.7

C3

G6

DP63.
.7
C3
G6



1020080861

LA "MORADA VITAL" Y LO HISTORIALBLE EN
LA OBRA DE AMÉRICO CASTRO

JOSÉ L. GÓMEZ-MARTÍNEZ
Dept. of Romance Languages
The University of Georgia
Athens, Georgia 30602.

LA BÚSQUEDA sistemática del "señor español" que había de caracterizar a los hombres del 98 y a las generaciones subsiguientes, entró en una fase decisiva con la publicación, en 1948, de *España en su historia* de Américo Castro. Sus originales teorías fueron a la vez aplaudidas y tenazmente criticadas. La concepción historiográfica de Castro, cuyos principios teóricos provienen de Dilthey,¹ se enfrentó, en sus comienzos, con la oposición general de los historiadores.² Ello dio origen a una polémica, la más incitante y por sus proporciones la más notable del siglo XX hispánico, que si bien polarizó muchas de las investigaciones, enriqueció de tal modo la comprensión de la historia española, que en la actualidad parecería absurda una historia de España que no tomara en consideración algunos de los postulados enunciados por Américo Castro.

I. *Los supuestos teóricos*

El edificio de su concepción historiográfica se asienta fundamentalmente en dos aspectos básicos: la determinación de lo "historialble" y de la "morada

¹ Véase a este propósito mi estudio, "Dilthey en la obra de Américo Castro?" *Abside*, 37 (1973): 461-471.

² La crítica más contundente fue la llevada a cabo por Claudio Sánchez-Albornoz en su monumental obra, *España, un enigma histórico*, 2 vols. (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1956). Véase sobre el particular mi estudio, "Américo Castro y Sánchez-Albornoz: Dos posiciones ante el origen de los españoles," *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 21 (1972): 301-320.

vital". Américo Castro reaccionó desde un comienzo contra las historias tradicionales, contra el deseo desmesurado de objetividad que las hacía meras narraciones de sucesos, más o menos importantes, dispuestos en cierto orden cronológico, ya que para él, "la ingenua urgencia de narrar o averiguar sin más, lo que pasó, hace olvidar a veces la auténtica realidad de los hechos y de las obras de la historia humana, una realidad sólo historiable cuando es puesta en correlación con la estructura humana en que existe, y con los valores en los cuales se hace significante".³ De ahí que no todo lo sucedido y hecho por la humanidad sea digno de ser historiado. Castro agrupa el pasado en tres categorías: lo cronicable, lo narrable y lo historiable, que él mismo nos define como sigue:

a) *El nivel más bajo corresponde a los grupos llamados primitivos: son vías muertas de lo humano, marcan el paso indefinidamente. Una descripción de cómo existen basta para expresar la realidad de su vivir; sus comportamientos son fácilmente referibles a sus motivaciones: fisiológicas, psíquicas, económicas. Sus acciones duran por su reiteración.*⁴

b) *Por encima de lo que llamo espacio vital describable, aparece la vida de tipo narrable. La de ciertos pueblos —total, o parcialmente, o a trechos— es tema para la narración y nada más... Cabe dentro de la vida narrable mucho de lo denominado hoy progreso y civilización... A este tipo de vida le aplicaría el calificativo de "importante", y su forma expresiva sería la crónica o la "eventografía", no la "historiografía" propiamente dicha (Dos ensayos, pp. 23-24).*

c) *Lo historiable, sea fenómeno individual o colectivo, expresa vida total que se afirma como vida abierta y problemática —sea como conciencia de estar existiendo, sea como respuesta clara y pensada a problemas que el existir plantea (Dos ensayos, p. 25).*

De estas tres categorías del pasado, sólo la más elemental, "lo describable", por formar ya parte —si no en nombre sí en la práctica— de los estudios históricos, fue aceptada sin crítica. La distinción, sin embargo, entre "lo narrable" y "lo historiable" es más vaga, y sólo podremos llegar a ella a través de una comprensión de los métodos empleados por Américo Castro, para quien "la especial y suprema forma de vida humana —historiable a la vez que narrable— no cabe en los límites de la crónica. Los aconteci-

³ CASTRO, Américo, "La tarea de historiar", *Cuadernos del Congreso*, 4 (1954), 21.

⁴ CASTRO, Américo, *Dos ensayos: 1. Descripción, narración, historiografía. 2. Discrepancias y mal entender* (México: Porrúa, 1956), p. 23.

mientos en las vidas dignas de historia, aparte de que en sí mismos sean importantes, resaltan en ellas como condición o fondo de la creación propiamente historiable" (*Dos ensayos*, p. 26).

Ahora bien, los conceptos "especial y suprema forma de vida" y "vidas dignas de historia" sólo pueden ser captados en su estrecha relación con el lugar y la época en que tuvieron lugar. Castro ya nos indica que "los hechos humanos necesitan ser referidos a la vida en donde acontecen y existen. Esa vida es, a su vez, algo, concreto y especificado, que se destaca sobre el fondo genérico y universal de lo humano".⁵ Por ello la "primera obligación del historiador es intuir y tener presente el área interior en donde la historia acontece" (*Ibid.*, p. 22). O con otras palabras: "La realidad de 'lo histórico' consiste en un 'estar en algo' eso que empieza por ser. Al 'en' dónde 'está' lo histórico de la vida humana lo llamo 'morada vital'" (*Ibid.*, p. 21). Es aquí donde Américo Castro se aparta de las concepciones historiográficas tradicionales, pues según él "la historia descansa sobre saberes de experiencia, empíricos, cuya dimensión más importante —su valiosidad— es indemostrable, aunque sí intuible".⁶ y por ello "la historiografía no puede cobijarse bajo una ciencia que le sirva de cúpula, rica de conceptos fijos y unívocos, al menos cuando se aspira a hacer ver el pasado como una estructura y en una perspectiva de valor".⁷ Reflexiones que le llevan a concluir que el historiador "ha de habérselas con objetos expresivos del vivir de otros hombres, y ha de participar, en alguna forma, del movimiento vital de quienes lucharon, creyeron, pensaron, sintieron y crearon, ya que actividades de esa clase se dan dentro de la experiencia personal de cada uno".⁸ Lo que Castro nos está diciendo es que "historiar requiere entrar en la conciencia del vivir de otros a través de la conciencia del historiador, es decir, sirviéndose de su vivencia del vivir de otros".⁹

Las alas de la intuición en la obra de Castro, sin embargo, se neutralizan al encontrarse ésta encerrada en la jaula de la "morada vital" que la condiciona y, en cierto modo, determina: "Todo ser humano se nos aparece viviendo, en cuanto hombre, en y desde una vividura. Ésta se hace presente en un modo y en un curso de vida, condicionados... por ciertas tendencias

⁵ CASTRO, Américo, "La tarea de historiar", p. 21.

⁶ CASTRO, Américo, *La realidad histórica de España*, 4a. ed. (México: Porrúa, 1971), p. 108.

⁷ CASTRO, Américo, "Ser y valer: dos dimensiones del pasado historiable", *Cuadernos del Congreso*, 24 (1957), 3.

⁸ *Ibid.*

⁹ CASTRO, Américo, *Dos ensayos*, p. 34.

posibilitantes y por ciertas tendencias excluyentes, es decir, por un cierto modo de hacer y de no hacer, por acciones y por omisiones".¹⁰ Por ello él mismo nos previene de que "no cabe hablar plenamente de historia cuando falta la referencia a una 'morada' interior (vital) en dónde situar los fragmentos inconexos de realidad humana".¹¹ Con lo que se deduce que la realidad de "lo histórico" está precisamente en la conexión que existe entre los hechos y las vivencias humanas que los motivaron, sólo relacionables a través de una "morada vital". Veamos lo que dicho término significa para su autor:

Parto de la convicción de haberse formado el pueblo español y de haber surgido a la vida historiable en enlace con situaciones casi siempre muy apretadas y desahuciables. Tuve así que construir una figura historiable en la cual cupiesen tanto los desarrollos valiosos como los opuestos a ellos. He tomado como centro y agente de esta historia el taller de vida en que la españolidad fue fraguándose, y no parciales rasgos psicológicos, siempre genéricos e inconexos; no he pensado tampoco en que las circunstancias exteriores fueran algo aislable del curso mismo de la vida, como si ésta fuese una realidad ya previamente dada sobre la cual cayeran causas o motivos. La vida historiable consiste en un curso o proceso interior, dentro del cual las motivaciones exteriores adquieren forma y realidad; es decir, se convierten en hechos y acontecimientos dotados de sentido. Estos últimos dibujan la peculiar fisonomía de un pueblo, y hacen patente el "dentro" de su vida, nunca igual al de otras comunidades humanas. Mas este "dentro" no es una realidad estática y acabada, análoga a la sustancia clásica; es una realidad dinámica, análoga a una función o, como indicaré luego, a una invariante. Pero el término "dentro" es ambiguo: puede designar "el hecho de" vivir ante un cierto horizonte de posibilidades y de obstáculos (íntimos y exteriores), y entonces lo llamaré "morada de la vida"; o puede referirse "al modo como" los hombres manejan su vida dentro de esta morada, toman conciencia de existir en ella, y entonces lo llamo "vividura". Ésta sería el modo "vivencial", el aspecto consciente del funcionar subconsciente de la "morada".¹²

La creación más original de Castro es, sin duda, ésta expresada en la "mo-

¹⁰ CASTRO, Américo, *Ensayo de Historiología. Analogías y diferencias entre hispanos y musulmanes* (New York: Feger, 1950), p. 10.

¹¹ CASTRO, Américo, "La tarea de historiar", pp. 21-22.

¹² CASTRO, Américo, *La realidad histórica de España*, pp. 109-110.

rada vital". Una comparación con aquellos pensadores que trataron el particular, nos servirá para mejor delimitar y concretar la posición de Américo Castro. El concepto de la "morada vital" nace por la necesidad de considerar al hombre no como un ser individual, sino como un miembro de la sociedad en que vive. Un paralelo a este principio había sido ya establecido por Dilthey, para quien, nos señala Holborn, "The individual is a member of society; by its civilization he is moulded, while most of his actions and reactions are determined by social habits and values".¹³ Dilthey, sin embargo, no se detiene ahí. Si la sociedad determina en cierto modo a los individuos, éstos son los que la forman. Por ello puede concluir que la nación es capaz de ilimitadas posibilidades. Por otra parte, cada generación olvida las experiencias de las anteriores. Castro, que arranca de Dilthey, al meditar sobre la historia de España, llega a la conclusión de que la morada vital limita de algún modo las posibilidades de la nación. Al mismo tiempo se ve forzado a reconocer cierta continuidad entre las sucesivas generaciones: "Dilthey, que ha hecho posible nuestra idea de la historia, nos cierra ahora el camino que lleva a su intelección. Cada generación 'olvidará las experiencias de las anteriores'; la historia de un pueblo sería entonces una superposición de segmentos humanos horizontales, unidos no sabemos cómo; o, tal vez, por la continuidad de la 'cultura'. Más aún así seguiría en pie el problema: qué es lo que hace que llamemos 'alemanas' a las generaciones del siglo XII y a las del siglo XX".¹⁴

A pesar de su oposición a las conclusiones de Dilthey, la vida para Castro es dinamismo: "Me interesa la vida como movimiento, curso y dirección, como algo variable, conjugado con una 'invariante' que haga captable lo que persiste a lo largo de las mutaciones temporales; 'invariante', porque de otro modo no podríamos llamar 'francés' al parisiense del siglo XI y al de hoy".¹⁵ Tanto en su oposición a Dilthey como en la creencia en una "invariante" que enlace las distintas épocas de un pueblo, Américo Castro se acerca a la escuela de Menéndez Pidal. Claudio Sánchez-Albornoz, cuyo concepto de la "contextura vital" es tan similar al de la "morada vital" de Castro, señala igualmente: "Dilthey cree que los pueblos son capaces de ilimitadas posibilidades, y lo son en verdad en el perpetuo avanzar del tiempo. Pero, como apunté hace casi diez años, creo ahora —y Castro me acom-

¹³ HOLBORN, Hajo, "Wilhelm Dilthey and the Critique of Historical Reason", *Journal of the History of Ideas*, 11 (1950), p. 110.

¹⁴ CASTRO, Américo, "El enfoque histórico y la no hispanidad de los visigodos", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 3 (1949), p. 227. Más información sobre el particular encontrará el lector en mi estudio "Dilthey en la obra de Américo Castro".

¹⁵ CASTRO, Américo, *La realidad histórica de España*, p. 110.

paña hoy en la creencia— que ante toda nueva volición histórica las comunidades nacionales no pueden elegir sino uno de los varios caminos que su estilo de vida presenta a su libre decisión”.¹⁶

Tanto Castro como Sánchez-Albornoz consideran al hombre parte integrante de la sociedad. Ésta moderará y limitará, en cierto modo, las posibilidades de aquél. De ahí la necesidad de una unidad que considere al hombre “dentro” de la sociedad, viviendo “en” la sociedad. La “morada vital” o “contextura vital” sería la respuesta ideal. Una vez establecida la necesidad, ambos historiadores discrepan en cuanto a su origen y aproximación filosófica. Américo Castro nos señala que a “este respecto merece recordarse lo dicho por Oswald Spengler, en cuya obra (1918-1922) sigue habiendo aciertos parciales... He aquí dos de esos aciertos: ‘Las razas de Occidente no son las creadoras de las grandes naciones, sino su consecuencia... Hacia el año 1000, los hombres más importantes se sienten ya dondequiera alemanes, italianos, españoles o franceses. Seis generaciones antes, sus abuelos se sentían, en lo profundo de sus almas, francos, longobardos o visigodos’.”¹⁷ Castro también considerará el origen de los españoles “hacia el año 1000”. Rechaza, no obstante, la concepción determinista de Spengler, quien, en palabras de Maravall, “ve la Historia como la pululación inconexa de una variedad de unidades aisladas a las que llama culturas... pero Spengler supone, incluso, que nacen sin necesidad de semilla que transmita la vida de unos individuos a otros. Las culturas de Spengler, hacia dentro, no son más que ‘grupos de afinidades morfológicas’, y hacia afuera, sistemas tan cerrados que nada se hereda de unos a otros”.¹⁸ Castro rechaza igualmente la imagen biológica que Spengler da a la historia de una civilización, según la cual cada cultura posee sus propias posibilidades de expansión, que germinan, maduran, se marchitan y no reviven jamás.

El sistema rígido que nos proporciona la imagen biológica de Spengler hubiera predestinado un fin cierto y determinable a la morada vital. Castro, al igual que Toynbee, rechaza este determinismo positivista y considera que si bien la morada vital de lo que llamamos hoy español puede llegar a desaparecer, no es algo que tenga necesariamente que suceder. Es ésta, en definitiva, la diferencia más notable entre la “morada vital” y la “contextura

¹⁶ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio, *España, un enigma histórico*, 2 vols., 3a. ed. (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1971), t. I, p. 56.

¹⁷ CASTRO, Américo, *Los españoles, cómo llegaron a serlo* (Madrid: Taurus, 1965), p. 151.

¹⁸ MARAVALL, José Antonio, *Teoría del saber histórico*, 3a. ed. (Madrid: Revista de Occidente, 1967), pp. 260-261.

vital”. Para Sánchez-Albornoz existe una continuidad esencial a través del tiempo, que permite, a pesar de las obvias diferencias entre los iberos y los españoles del siglo XX, trazar una línea de unión entre las sucesivas contexturas vitales. Por otra parte, si bien Castro y Toynbee coinciden en el establecer un principio concreto a la morada vital, y librar a ésta del carácter determinista que le proporciona Spengler, la obra de Castro supone una de las reacciones más formidables contra el autor de *A Study of History*. Recordemos aquellas palabras de Toynbee en su ensayo “My view of History”, donde afirma: “One of my own cardinal points was that the smallest intelligible fields of historical study were whole societies and not arbitrarily insulated fragments of them like the nation-states of the modern West”.¹⁹ Américo Castro es de la opinión de “que el curso de la vida española ha sido muy diferente de la del resto de los pueblos europeos”.²⁰

Marcel Bataillon, en cierto modo coincidiendo con Toynbee, opone a la obra de Castro su concepción de la “historia horizontal”, o la historia de una época de una civilización: “Cette histoire d’époque étant dite horizontale. Il faut appeler verticale votre histoire à vous, qui traverse de nombreux étages de siècles pour ressaisir dans son unité l’histoire hispanique”.²¹ De ahí que la historia horizontal de Bataillon lo sea también de Europa, o con más precisión de la cristiandad occidental, mientras que la historia vertical de Castro lo es solamente de España. La diferencia entre ambos métodos de aproximación a la realidad histórica lleva implícito, como ya se indicó, algo más, que oportunamente destaca Bataillon: “Votre thèse, très forte, est que l’histoire hispanique ne peut s’inclure sans plus dans l’histoire de l’Occident”. (*Ibid.*, p. 9.) Afirmación que le parece inadmisibles: “Mais je ne suis guère disposé à croire que l’histoire ‘verticale’ puisse arriver à définir des structures nationales formulables de manière univoque et simple”. (*Ibid.*, p. 11.) Con ello Bataillon no pretende, de ningún modo, negar el valor de la historia vertical, sino hacer notar la íntima relación entre ésta y la historia horizontal. Relación que desarrollaría después más ampliamente Sánchez-Albornoz al comentar la obra de Castro, para finalizar afirmando: “La historia vertical de cualquier comunidad vital o cultural sólo es concebible en permanente conexión con la historia horizontal de las co-

¹⁹ TOYNBEE, Arnold J., *Civilization on Trial* (New York: Oxford University Press, 1948), p. 9.

²⁰ CASTRO, Américo, *Dos ensayos*, pp. 48-49.

²¹ BATAILLON, Marcel, “L’Espagne religieuse dans son histoire”, *Bulletin Hispanique*, 52 (1950), p. 7.